

MAURICIO MACRI



FRANCO

Vida de mi padre.
La historia de mi mayor maestro
y mi gran antagonista

MAURICIO MACRI

FRANCO

Vida de mi padre.
La historia de mi mayor maestro
y mi gran antagonista

 Planeta

Introducción

La imagen debe ser de 1961 o 1962. Naturalmente no recuerdo quién sacó la foto, pero allí estoy, de dos años, quizá tres, sobre los hombros de mi padre. Nos encontramos en Mar del Plata, más exactamente en el puerto. Detrás se pueden ver unas estructuras de madera que se elevan hacia el cielo. Papá ha conseguido su contrato más importante hasta el momento: tiene a su cargo la construcción de los silos, los muelles y las torres. Una obra inmensa. Es por eso que estamos viviendo allí con mamá, en una casa en el barrio Los Troncos. Él sonríe, orgulloso, esa misma sonrisa que le vi tantas veces dibujada en el rostro: amplia, satisfecha, generosa. Y yo estoy mirando para el costado. Miro esa imagen, nos veo a los dos, pienso en los años que pasaron y los caminos que recorrimos, y me cuesta creerlo. Un padre que no tanto tiempo después será el empresario más importante del país y un chico de unos pocos años de vida que medio siglo más tarde será elegido presidente de la Nación Argentina por más de la mitad de sus compatriotas.

Crecí admirando a ese hombre. Fue el mayor de mis maestros. Nada de lo que soy, nada de lo que alcancé en la

vida habría sido posible sin él. Afirmar que nada habría sido igual sin su presencia, lejos de ser un lugar común encierra un largo ciclo de encuentros y desencuentros, de luces y de sombras, de enseñanzas sobre lo que hay que hacer y sobre lo que sí o sí es fundamental evitar. Como todos los hijos cuando nos volvemos grandes, encuentro en mí rasgos, actitudes y palabras suyas. Pero también reconozco las diferencias que nos separan y que convierten a cada uno en una persona única y distinta.

La relación con mi padre no siempre fue fácil. En la tradición en la que él se había criado, la figura del primogénito tenía un peso determinante: en las viejas familias italianas, el hijo mayor reunía una serie de características particulares. Para comenzar será el que deba cargar con una serie de obligaciones y expectativas que, si bien no están escritas, conforman toda una idea de familia.

Al primogénito se lo prepara para ser el sucesor. Pero en las páginas que siguen verán cómo fue que, aunque estuve cerca de ocupar ese lugar, ese día nunca llegó. ¿Cómo y por qué? Es parte central de la historia de Franco Macri, de un rasgo saliente de su personalidad: él no pudo imaginarse sin tener el control de lo que había construido. Es imposible delegar sin dar un paso al costado, y su conflicto no solo con resignar poder sino sobre todo con la finitud de la vida, fue algo que nunca tuvo solución. Eso dañó su relación conmigo y con buena parte de su entorno, generando costos muy grandes en el mundo de los afectos.

La exigencia que esta situación de “heredero” conlleva es desmedida, también el amor que uno puede llegar a recibir. Pero no es necesariamente un amor incondicional: la posi-

ción viene acompañada de diversos grados de manipulación emocional. En mi caso, fue constante. Quizá papá nunca fue del todo consciente de su dualidad en el trato conmigo, una especie de rutina Dr. Jekyll y Mr. Hyde en la que un día me consideraba un genio y una hora después me decía que yo no entendía nada.

Como a tantos hijos, a mí me tocó rebelarme contra mi padre, buscar mi proyecto personal e ir por mis propios sueños. Esta decisión desató tormentas y pasiones, como en toda historia italiana que se precie de tal. Nos llevaría muchos años lograr nuestro reencuentro, respetarnos en nuestras diferencias y valorar lo que cada uno le dio al otro.

* * *

Aquí está la historia del hombre de la foto, la historia de mi padre, Franco Macri. Tomé la decisión de emprender este proyecto unos meses antes de publicar, a comienzos de 2021, *Primer tiempo*. En aquel libro me había propuesto dar testimonio de los cuatro años de mandato presidencial del modo más real que fuera posible. Ejercité la memoria. Revisé momentos duros y felices de esa experiencia con la que fui honrado. Pero mientras lo hacía, mi padre aparecía una y otra vez, colándose en mis recuerdos. A partir de eso decidí que iba a llegar también el momento de contar quién fue ese hombre. Cómo fue que logró todo lo que logró partiendo desde muy abajo, en un país distinto del suyo, con otra lengua, sin contactos ni relaciones.

En estas páginas pueden esperar de mi parte honestidad, por supuesto, pero debo pedirles que no pongan demasiado

alta la vara de la objetividad. Me dispongo a contar la vida de mi padre vista a través de mis ojos, de mis recuerdos, de los momentos en los que estuvimos cerca y también de aquellos en los que nos alejamos.

No conocí a nadie igual a Franco Macri, un inmigrante italiano que se hizo a sí mismo. Fue mi héroe. Alguien capaz de las mayores hazañas. No había nada que se interpusiera entre él y sus proyectos: pensaba en grande y actuaba en consecuencia. Fue el #1. Pero esta es también la historia de su ocaso. La historia de un hombre que acertó y erró como ningún otro. Es la historia de su capacidad de construcción, pero también la de su esfuerzo por destruir lo que había logrado. Es la historia de lo que aprendí y de lo que resistí de él. Un relato de claroscuros, difícil de hilvanar, porque todo lo brillante que hizo, que fue muchísimo, puede leerse también a la luz de una pulsión autodestructiva, sobre todo a partir de un cuadro de deterioro cognitivo creciente, de esa demencia que fue avanzando, traicionera, en los últimos años de su vida.

Mi padre fue un hombre público y enfrentó todo tipo de calumnias y difamaciones. Se lo acusó de contrabandista, de beneficiarse con los militares y con Menem, de mafioso, de evasor. Ninguna de esas acusaciones se comprobó jamás. Horacio Verbitsky lo eligió como símbolo del menemismo a partir de su creciente alto perfil, de aquellas fiestas en Punta del Este posteriores a mi secuestro (un antes y un después en nuestra dinámica familiar, como van a poder leer más adelante), y con ese antecedente lo convenció a Néstor Kirchner de que le convenía llevarse puesto a un “empresario del menemismo”: así funcionan, fabricando enemigos. A esto

se sumó mi decisión de postularme en la Ciudad, lo que lo hizo víctima de renovados y despiadados ataques de Kirchner, que amenazó con destruirlo si yo no me aliaba o rendía al kirchnerismo. Para someterme a mí, buscaron someterlo a él. Le advirtieron que las embestidas por el Correo no tendrían fin, que lo eliminarían de la industria de la construcción y de la industria aeronáutica. Lo amenazaron y cumplieron. Y aunque potenciaron sus rasgos autodestructivos, no lo doblegaron.

Aquí quiero reivindicarlo: papá fue un visionario y un hacedor completamente fuera de serie. Estoy convencido de eso y no pretendo convencer a otros: simplemente voy a contar los hechos de su vida tal como los conocí. Muchos argentinos no saben qué tienen en común los celulares, las torres de Catalinas Norte detrás del Hotel Sheraton y el edificio del Rulero en la esquina de Carlos Pellegrini y Libertador, tampoco el hilo invisible que va del puente que une las ciudades de Resistencia y Corrientes sobre el río Paraná, a la planta de Aluar en Chubut y a la autopista Panamericana, pasando por la Central Atómica Atucha, el Fiat Duna y la película *Tres hermanos*, de Francesco Rosi. Son solo algunos de los muchos puntos luminosos que componen una enorme constelación: el “hilo” que une todo eso y más se llama Franco Macri.

Quiero contarles, en fin, la vida del hombre que más me influyó (de nuevo: por el ejemplo a seguir y por aquel que mejor no imitar), y que logró ser durante una década el mayor empleador de la Argentina: Francesco Raúl Macri, más conocido como Franco Macri.

Mi papá.